

De París a Santiago: experiencias de retorno e identidades de chilenas regresadas del exilio¹

Javiera Muñoz Retamal
Universidad Alberto Hurtado
javieramunoz55@gmail.com

Autorizo publicación

El retorno de miles de chileno/as a su país de origen después de vivir el exilio a causa de la dictadura militar encabeza por Pinochet (1973 – 1990), es un fenómeno social que nos invita a pensar sobre las consecuencias de las dictaduras militares en los grupos sociales, cuyas complejidades han trascendido al fin de siglo y continúan hasta el día de hoy. Los efectos sufridos a causa del exilio no se han disipado con el retorno al país de origen. Al contrario, el proceso de retorno está cubierto de dilemas, tensiones, conflictos personales y sociales. No obstante, el exilio-retorno ha tendido a considerarse como un tema menor frente a otros atropellos provocados por la dictadura y a desconocerse como una de las violaciones a los derechos humanos, más aún cuando los exiliados ya han podido volver oficialmente a Chile.

El sociólogo y cientista político Tomás Moulian (1997), ha sostenido que un elemento decisivo del Chile actual es la compulsión al olvido, pues el bloqueo de la memoria es una situación repetida en sociedades que vivieron experiencias límites, tales como las dictaduras militares. En ellas, la negación respecto al pasado genera la pérdida del discurso, la dificultad del habla. En base a ello, se pregunta: “¿Qué sentido tendría revivir el dolor? ¿Reponer a cada instante la pesadilla? ¿Para qué reinstalar un tema que divide y produce hastío, a veces miedo, en personas sobresaturadas de luto y lágrimas?” (Moulian, 1997: 32).

Intentando responder a estas interrogantes, este trabajo emerge ante el riesgo de la pérdida de sentido colectivo y del reconocimiento histórico-político de experiencias signadas por la represión dictatorial. La posibilidad de un futuro que defienda el valor de nuestra condición humana se encuentra en la construcción de un proyecto colectivo amparado en la memoria del pueblo chileno y en la recuperación de su voz. Volver a mirar los acontecimientos que hemos

¹ Esta ponencia es producto de mi tesis de pre-grado realizada el año 2015 para optar al Título Profesional de Antropóloga, Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile.

vivido como chileno/as significa reflexionar sobre lo que tenemos en común y nos identifica como comunidad nacional: nuestro futuro es la manera en que enfrentamos nuestro pasado.

Las ciencias sociales comienzan a interesarse en el estudio de las políticas represivas de las dictaduras militares en América Latina a finales del siglo pasado. Si bien en un principio el exilio llamó la atención de pocas disciplinas -tales como la literatura, la psicología y la demografía- la movilización por los derechos humanos potenció un interés de parte de otras ciencias. Así, comienza a abordarse desde la historia, la sociología, la ciencia política y la antropología. Actualmente, el éxodo y la repatriación de latinoamericano/as se configuran como un área específica de exploración académica que desde enfoques interdisciplinarios ha aportado numerosos elementos de reflexión sobre el pasado dictatorial y el presente post-dictatorial.

La magnitud del exilio chileno provocado por la dictadura de Pinochet, ha sido compleja de determinar en términos exactos. Naciones Unidas estima que alrededor de 250.000 personas fueron calificadas de refugiadas políticas. Otras aproximaciones señalan que cerca de 1.000.000 de personas dejaron el país entre 1973 y 1989. Dentro de esta última cifra es fundamental considerar la emigración económica que se produjo por las políticas liberales impuestas en la década de 1980 (Rebolledo, 2012). En este sentido, se ha hablado de refugio político y de refugio económico (García, 2012). El primero hace referencia a la salida del país de las víctimas de la persecución política desatada por los militares, quienes tuvieron prohibido explícitamente el retorno a Chile hasta los últimos años de la dictadura. La segunda categoría atañe a quienes huyeron del país producto de las condiciones económicas que generaron las políticas del régimen dictatorial, las cuales impactaron en la inflación y cesantía en Chile.

Además de su masividad, este exilio se caracterizó por su heterogeneidad, es decir, afectó a personas de diferente clase social, edad, género, nivel de participación política, etc. Dentro del gran conglomerado de exiliado/as chileno/as, se encontraba un número importante de mujeres. De acuerdo al estudio de Anne-Marie Gaillard (1992), del total de refugiado/as chileno/as, el 41% corresponde a mujeres y 59% a hombres. Muchas de las mujeres que partieron al exilio participaban activamente de agrupaciones políticas de izquierda, formaron parte de un sector progresista de la sociedad en el cual florecieron sus intereses políticos y en el que tuvieron una importante capacidad de agencia en la construcción del proyecto de país que anhelaban.

Las mujeres militantes de la época tensionaban el ideal de “la compañera”², la acompañante de las tareas políticas de su pareja, y en cambio, luchaban por tener derecho a voz y voto, siendo minoritarias en sus partidos.

Esta ponencia es resultado de una investigación cuyas protagonistas³ fueron militantes o activas simpatizantes de agrupaciones políticas de izquierda durante los tiempos de la Unidad Popular, es decir, mujeres que defendieron una posición política clara a favor del gobierno de Salvador Allende, y que sus destinos las condujeron a vivir el exilio en París y posteriormente el retorno a Chile. El objetivo de este trabajo es analizar sus experiencias de retorno, las implicancias de este proceso en el presente, y la configuración de sus identidades actuales. La perspectiva de género del estudio se fundamenta en el interés de visibilizar las trayectorias de mujeres, las cuales a pesar de ser muy numerosas, han sido escasamente reconocidas en el discurso público sobre el exilio. Este trabajo, también, valora a las entrevistadas en tanto sujetas políticas fundamentales en la historia del país, destacando sus fuertes compromisos con los cambios sociales de Chile hasta el día de hoy.

En términos teóricos, el exilio-retorno se considera un fenómeno migratorio específico porque está atravesado por una dimensión política, en cuanto su motivo forzado se relaciona con la instauración de regímenes autoritarios. Desde una perspectiva antropológica, lo concibo como un fenómeno sociocultural que involucra un proceso de tránsito entre culturas y tensión de la identidad. El eje central de esta experiencia es la ambivalencia arraigo/desarraigo. El viaje, el tránsito, el cruce de fronteras, se considera un factor de identidad, una dialéctica entre la pérdida y la ganancia de elementos culturales que se genera en el encuentro con la alteridad. Las identidades -objetos transmutables- se van transformando de acuerdo al espacio-tiempo. Esto quiere decir que las situaciones de contacto y movilidad configuran procesos de hibridación a nivel identitario. En este sentido, el viaje de exilio-retorno no sólo es un movimiento geográfico, transnacional, sino que es también un desplazamiento interior,

² En su estudio sobre las exiliadas chilenas en Francia, García (2012) se ha referido a este ideal que permeaba el seno mismo de la estructuras partidarias en Chile, ya que a pesar de sus lineamientos progresistas, las agrupaciones de izquierda de la época no modificaron las relaciones jerárquicas entre hombres y mujeres.

³ Se realizaron relatos de vida a seis mujeres que retornaron a Santiago de Chile luego de vivir más de siete años de exilio en París. Las entrevistadas se identificaban como militantes o simpatizantes activas de diferentes conglomerados políticos de izquierda en el periodo previo y posterior a la partida al exilio, tales como el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Izquierda Cristiana (IC), Partido Comunista (PC) y Juventudes Comunistas de Chile (JJCC). Actualmente, son profesionales residentes en la ciudad de Santiago, cuyas edades fluctúan entre los 58 y 69 años. Todas participan, en mayor o menor medida (desde activas simpatizantes a líderes) en alguna colectividad u organización política de la sociedad civil. Sus testimonios fueron recogidos durante el año 2015.

subjetivo, constituyente de subjetividad y memoria, en tanto los individuos dotan de sentido sus vivencias, conservando aquellos elementos que les son significativos para el presente.

Siguiendo a Paul Ricoeur (1991), la comunicación y la narración de lo vivido organizan el pasado y le otorgan sentido, inscribiendo a través del lenguaje la experiencia íntima del tiempo⁴. Desde esta mirada, el exilio y el retorno se comprenden como un significante que sus protagonistas dotan de sentido de acuerdo al contexto sociocultural e histórico (Jelin, 2001)⁵ y en relación con la memoria colectiva, es decir, con la elaboración que como grupo o sociedad hacemos del pasado (Garretón, 2003)⁶. Exilio y retorno, entonces, son acontecimientos memorables que cobran vigencia al ser asociados a emociones y afectos, que impulsan una búsqueda de sentido en un contexto determinado. En efecto, el retorno de las entrevistadas constituye un viaje exterior e interior, es una vivencia que se enmarca en el espacio de lo privado -lo íntimo, afectivo, emocional- pero que se articula necesariamente con el mundo histórico-político y público.

La perspectiva de género que adopta este estudio, comprende que el exilio-retorno, así como todo proceso migratorio, impacta de manera desigual a hombres y mujeres, en tanto toda experiencia se genera desde una cultura que asigna roles diferenciados a los sexos, que se traducen en distintas cuotas de poder (Scott, 1990). Sin embargo, ello no quiere decir que todas las vivencias de las mujeres sean homologables entre sí. Se reconoce también que las trayectorias de vida están atravesadas por múltiples factores, tanto sociales como personales (edad, clase social, género, pertenencia étnica, nacionalidad, contexto familiar, nivel educacional, personalidad, etc.). El género, entonces, es un eje más en el análisis del exilio-retorno y un lente que ha permitido identificar, en clave de género, algunas significativas tensiones que emergen del cruce entre París y Santiago en las trayectorias de las entrevistadas.

La consideración de París como lugar de acogida y Santiago como ciudad a la que se regresa, permite contextualizar la experiencia y memoria de las entrevistadas en escenarios sociopolíticos y culturales específicos, lo cual implica tener en cuenta la distancia física y cultural entre Chile y Francia, así como las relaciones que se han dado entre ambas naciones.

⁴ Ricoeur (1991) habla de la “identidad narrativa” que emerge al buscar comprenderse a sí mismo mediante el relato, señalando que la comprensión de sí es narrativa y se basa en la apropiación de la propia historia mediante el habla. Todo relato sería conducido por otros relatos, tanto históricos como ficticios.

⁵ Esta autora remarca la importancia de los contextos en los cuales se construye memoria. Señala que la memoria es subjetiva y social, ya que los procesos de activación del pasado en el presente ocurren en individuos insertos en redes de relaciones sociales, en grupos, instituciones y culturas.

⁶ De acuerdo al autor, la memoria colectiva puede no coincidir con la memoria individual, sin embargo, coexisten y se influyen mutuamente, en la medida en que toda memoria individual está dentro de un marco social y la memoria colectiva se nutre de las memorias individuales.

En Francia se registraron aproximadamente 10.000 ingresos de refugiado/as político/as chileno/as (García, 2012). La llegada de lo/as chileno/as a París se efectuó en un periodo intenso de activismo de izquierdas. En este contexto, el gobierno de Salvador Allende fue una noticia bien recibida por la izquierda francesa y, tras el golpe militar, los testimonios chilenos movilizaron a los franceses, comenzando a crearse una solidaridad internacional por parte de organizaciones civiles, particulares y del gobierno⁷. Algunos autores señalan que la acogida positiva que recibieron lo/as exiliado/as chileno/as en Francia se relaciona con factores tales como el entusiasmo de la generación post-68 por la Unidad Popular y los mitos revolucionarios latinoamericanos, la recomposición de una izquierda francesa lanzada a la reconquista del poder y la fuerte mediatización de los acontecimientos chilenos (Prognon, 2014, citado por Moreno, 2015).

A mediados de los años ochenta la presión internacional condujo a la implementación de políticas en favor de lo/as exiliado/as y se autorizaron los primeros retornos, surgiendo con ello los dilemas asociados a la posibilidad del regreso. De acuerdo a Gaillard (1992), entre un 30% y un 40% de lo/as exiliado/as en Francia regresaron a Chile.

Los procesos de retorno a Chile durante la dictadura no tuvieron apoyo estatal. De parte de la sociedad civil se creó el Comité Pro Retorno de Exiliados en 1978. En 1994, en el gobierno de transición, se creó la Oficina Nacional del Retorno (ONR) bajo la ley 18.994, con el objetivo de impulsar la aplicación de medidas que facilitasen la inserción social de lo/as exiliado/as que retornaban al país.

Regresar al Chile de la transición democrática

A diferencia de la partida al exilio, en la cual lo/as afectado/as se vieron en la obligación de huir del país para salvar su vida, el viaje de retorno es impulsado por deseos personales. Los motivos que tuvieron las entrevistadas para regresar son diversos: reencontrarse con la familia, el compromiso político con Chile, apoyar las ansias de volver del esposo, acompañar

⁷ Destaca la Organización “France Terre d’ asile” (FTDA), la cual lanzó el plan llamado “Operación Chile” con el apoyo de diversas organizaciones de solidaridad. Ésta iniciativa incluía ayuda jurídica, médica, alojamiento, pasajes de avión, información y empleo. Por otra parte, se gestionaron colectas y los exiliados podían pedir ayuda financiera al FILOR (Fondo de Instalación Local para Refugiados). Algunas universidades ofrecieron programas de formación especializada y el ministro del Trabajo, bajo el impulso de la CGT (Confederación General de Trabajadores) y de la CUT (Central Única de Trabajadores) chilena, creó planes de formación profesional para los chilenos, pudiendo éstos solicitar beca.

a familiares enfermos que residían en Chile y un profundo sentimiento de chilenidad que las atraía.

El exilio se percibía, en la mayoría de los casos, como una situación transitoria, por lo que la idea de retornar siempre fue parte de la experiencia del exilio. El vivir fuera de la patria se veía como un castigo, por lo tanto, el retorno significaba una posibilidad de reparación de esta condena. Ello explica, en parte, la idealización que se tenía del propio país. Las mujeres se habían quedado con el recuerdo del Chile de la Unidad Popular, de la fiesta, de la solidaridad y de los proyectos colectivos en los que habían sido activas partícipes. A sus hijos y amigos les hablaban de un Chile maravilloso. Una de las entrevistadas ha señalado al respecto:

Nunca nos desligamos de Chile y siempre vivimos con la maleta a medio hacer, porque todos queríamos volver apenas se pudiera y teníamos un país idealizado. A los hijos les contábamos puras cosas maravillosas: que la cordillera, que el mar, que las sandías de este porte, que todas las cosas eran más ricas, que las frutas, que los abuelos, que la familia. O sea, era todo un cuento de hadas. Al final, era lógico que el país cambiara (Carmen, 67 años, ex militante del PC, integrante de una organización de Derechos Humanos).

De esta manera, se comprende que las expectativas del retorno se distanciaban bastante de la realidad. Las entrevistadas creían que la democracia lograría conectarlas con el pasado idealizado, con el Chile previo a la dictadura, el de la Unidad Popular, y que la gente las reconocería y acogería. Sin embargo, la sociedad chilena no esperaba a lo/as exiliado/as. No había ningún tipo de conocimiento público sobre lo problemático que habían sido las experiencias de estas mujeres. Poco a poco, se fueron percatando de la hostilidad del medio social. Se creía que habían vivido un viaje maravilloso, cuando en Chile se había experimentado la mayor represión política del siglo. Eran tildadas de europeas, de costumbres extrañas, muchas veces estereotipadas.

Regresar a Chile implicó cambios de rumbo en los proyectos de vida personales y familiares. Significó, además, nuevos esfuerzos de adaptación y el abandono de un sistema de vida ya constituido.

Es necesario hacer la diferencia entre los retornos efectuados bajo el mando de la dictadura y bajo el gobierno democrático. Como categoría social, lo/as refugiado/as político/as tenían prohibido, en forma explícita, el ingreso a Chile. Era un grupo de personas muy heterogéneo, pero que compartían la característica de ser opositores a la dictadura. Figuraron en una lista que sólo pudo anularse con un cambio político. Por ello, estas personas pudieron volver

oficialmente a Chile tras la restauración de la democracia o en los últimos años de dictadura, tras autorizarse los primeros retornos. Por otra parte, aquello/as que retornaron en dictadura pudieron hacerlo porque no habían sido directamente expulsado/as y no eran considerado/as explícitamente sujetos peligrosos por el gobierno. No obstante, estas personas no tuvieron ningún tipo de apoyo estatal, al contrario, vivieron constantemente bajo persecución y presión psicológica. A quienes retornaron en democracia se les otorgó apoyo estatal - la creación de la Oficina Nacional de Retorno es un ejemplo de medidas impulsadas por el gobierno-. Sin embargo, las entrevistadas han señalado el carácter burocrático y la nula contención de parte de las instituciones públicas, lo cual dificultaba el proceso de reinserción social y la obtención de los documentos legales para vivir en Chile:

Para mí el retorno fue casi más duro que el exilio, porque en el exilio la gente te acogía, te quería, te apañaba, llegaban con regalo, te ayudaban, querían saber lo que pasaba. Y llegando acá: “¿y para qué se vino, estando en ese país tan lindo?”. Te atendían pésimo, o uno esperaba otra acogida. Eran organizaciones que se habían creado supuestamente para ayudar, para contener a la gente, pero no te contenían en nada... La diferencia que yo hago es cuando llegué allá y cuando llegué acá. A nosotros nos trataron muy bien en Francia en general. Nos quisieron, nos ayudaron, fueron solidarios. La solidaridad como yo la entendía también en el periodo de la Unidad Popular. Pero llegar acá fue un golpe, aprender a costalazos a reinsertarse. Yo todavía siento que no tengo mis raíces bien plantadas (Carmen, 67 años, ex militante del PC, integrante de una organización de Derechos Humanos).

Si bien las entrevistadas lograron convalidar sus títulos y ejercer profesionalmente, aquellas que habían estado presas durante la dictadura aún registraban con condenas en su contra y no podían trabajar. Debieron enfrentar a la burocracia chilena sin entender mucho la cabalidad de los procesos y sentir la impotencia de seguir estando castigadas en un gobierno democrático, pero con una constitución dictatorial. Una de ellas sostiene:

Veníamos con fuerza a reconstruir nuestro país, la democracia. Llegamos acá y esta democracia, prácticamente, no nos quería, porque no podíamos tener trabajo. La democracia no nos había borrado ninguna condena dada por la dictadura. Y toda la democracia por la que habíamos luchado, era una democracia que nos marginaba. Eso era una declaración para seguir peleando y nos empezamos a dar cuenta que esta democracia paraba sobre la impunidad a todos los violadores de derechos humanos. El exilio fue también un castigo por el cual el Estado chileno está en deuda (Juana, 58 años, ex militante del MIR, integrante de una organización de Derechos Humanos).

La etapa inicial del retorno se vive con grandes dificultades de adaptación que hacía revivir la llegada al exilio, pero con mayor desilusión. Las entrevistadas se sentían frustradas y carentes; sentirse exiliada en la propia patria era la más triste contradicción. Se enfrentaban a una sociedad que consideraban dividida, clasista, superficial, neoliberal y despolitizada. Perciben, rápidamente, que Chile ya no es el país gestado en sus ideas, sino que es una realidad extraña y distante. Ello significó un quiebre, nuevas tensiones de la identidad inherentes al tránsito cultural, un sueño derrumbado, un mundo impensado al cual debían reinsertarse.

En relación al ámbito familiar, hubo tensiones y separaciones. Algunos de los hijos de las mujeres decidieron quedarse en París, pues éstos habían nacido en tierra de exilio y no conocían Chile. Las crisis de pareja también se reactivaron con el retorno, generando que en muchos casos estas relaciones se disolvieran antes de emprender el viaje de regreso o poco tiempo después de volver.

Por otra parte, los comportamientos de las retornadas no coincidían con los de la población chilena en general, lo cual se percibía en situaciones tan cotidianas como en el uso de los servicios públicos y en las relaciones con los demás ciudadanos. Éstas notaban que sus gustos, formas de ser y de pensar las distanciaban bastante del común de lo/as chileno/as.

Los factores culturales que determinaron estas experiencias se relacionan directamente con los factores políticos del contexto chileno. El escenario sociocultural y político nacional al que se enfrentaron la mayoría de las retornadas generó un impacto en sus trayectorias e identidades. El tan ansiado retorno se vive en base a un profundo rechazo al medio social de la llamada “transición a la democracia”. En este periodo de la historia del país, se desarrolló el traspaso del poder político desde las Fuerzas Armadas y de Orden, encabezadas por el dictador Pinochet, hacia el presidente democráticamente elegido en 1990, Patricio Aylwin, iniciándose el supuesto camino hacia el restablecimiento de la democracia.

Siguiendo a Vera (s/f), lo político es pensado de maneras diferentes según los imaginarios del tiempo. La cuestión del tiempo es el instrumento con el que intentamos interpretar el presente político de Chile. En este sentido, el concepto de “transición” alude a una direccionalidad clara hacia un futuro, un puente dirigido hacia una meta certera: la victoria, progresivamente inclusiva, de la democracia. Sin embargo, este propósito nacional ha sido cuestionado por una variedad de científicos sociales y por parte de la ciudadanía.

Con el paso del tiempo -señalan las entrevistadas- la sociedad chilena no ha manifestado un interés por la integración y reconocimiento de lo/as ciudadano/as retornado/as del exilio.

Sostienen que la nula solidaridad, la despolitización, la omisión, la creencia colectiva de lo/as exiliado/as como privilegiados por haber vivido en otro país, y un conjunto de valores heredados de la dictadura, han conformado el ambiente de Chile desde los años noventa hasta la actualidad.

En este sentido, es posible hablar de una democracia chilena limitada o incompleta. Tal como sostienen los debates sociopolíticos, el paso hacia una democracia limitada es posible en la medida en que no hay un cambio radical en la naturaleza de la institucionalidad política, cuyo carácter fundacional no democrático fue consagrado en la Constitución de 1980. En términos simples, esa institucionalidad consiste en “la consagración de un empate político entre las fuerzas de la dictadura y las fuerzas de la democracia y en la reproducción de ese empate político a través de todas las instituciones que tengan relevancia” (Garretón, 2009:102).

Esta realidad fue especialmente percibida por las personas que retornaron, tras años de exilio, al Chile de la transición, lo cual generó un gran impacto e imposibilitó su positiva inserción social. Lo que llamó la atención de las entrevistadas cuando retornaron en los años noventa, fueron los consensos políticos entre el gobierno de la transición y el gobierno dictatorial, regímenes que parecieron tener más puntos en común que diferencias ideológicas. Ello fue generando que las entrevistadas se sintieran en una falsa democracia, siempre imposible de concretarse. Este clima sociopolítico es interpretado como un pacto político que no afectó a la clase militar y que se basó en la impunidad de quienes habían cometido violaciones a los derechos humanos. Cabe destacar que a Pinochet se mantuvo como comandante en jefe del Ejército hasta 1998 y años más tarde asumiría como senador vitalicio, por lo que su figura seguía presente en la política chilena, configurándose como un actor relevante.

Al respecto, Garretón (2009) ha definido ciertos enclaves autoritarios que se originan bajo el orden dictatorial y que persisten en la democracia. Éstos operan en distintos niveles: institucionales (leyes y la Constitución), socioculturales (valores autoritarios, etc.), basados en los actores (las Fuerzas Armadas o actores de veto), o ético-simbólicos (problemas de derechos humanos no resueltos). Estos enclaves interfieren en la consolidación de la democracia y son transferidos a la etapa de la transición mediante la llamada “democracia pactada o negociada”. Desde esta misma perspectiva, Moulian (1997) ha develado el “disfraz” de los sectores políticos que dirigieron la transición hacia la democracia, quienes habrían permitido mantener los pilares fundamentales del régimen caído.

La incongruencia de estos sucesos con el proyecto democrático, el rechazo y el dolor que generaba la figura del dictador Pinochet en la política del Chile de la transición, configuraban un panorama complejo para la inserción de lo/as exiliado/as. Tal como ha sostenido una de las entrevistadas:

Cuando llegué acá recibí un shock. Esa cosa consumista y arribista de la gente, del aparentar, esa cosa individualista. La falta de solidaridad y de politización yo creo que es lo que más me choqueó. Y además llegar a este país que se suponía que era una democracia, y los milicos seguían con el poder. Yo dije: “es una basura de país, una mentira de país”. Y resulta que han pasado veintitantos años y sigue siendo una basura. Es terrible, pero soy de aquí (Shaíra, 67 años, ex militante de las JJCC, integrante de una organización de Derechos Humanos).

Las dificultades de adaptación para las entrevistadas se complejizaron aún más cuando consideraron que retornar a Chile fue un retroceso en materia de derechos y autonomía que pudieron experimentar en Francia. Hay una ganancia que se estima en términos de independencia, libertad, tolerancia, amplitud hacia otras formas de vida, sexualidad, religión, etc. Todo ello repercute a nivel de identidad en este nuevo escenario chileno del retorno.

Al respecto, es importante destacar el auge de los movimientos sociales en París, y especialmente el movimiento feminista, durante los años setenta y ochenta. Estas fuerzas sociales influían en los proyectos de vida de las entrevistadas mientras estaban en el exilio, pero se convirtieron en un factor de tensión tras retornar a una sociedad antecedida por una dictadura. El movimiento de mujeres adquirió gran protagonismo a través de encuentros, seminarios y reuniones que se desarrollaron en Europa, a los que asistían muchas exiliadas latinoamericanas, como el caso de la mayoría de las entrevistadas. Aunque ninguna de éstas militó en organizaciones de mujeres, participaban de estas actividades. La corriente feminista impactaba, sobre todo, en las trayectorias de mujeres como éstas. Es decir, chilenas que si bien provenían de diferentes orígenes y posiciones sociales, durante el exilio formaron parte de un semejante ambiente intelectual y político. En un clima progresista, se desarrollaron en el mundo académico y se insertaron en un mercado de trabajo profesionalizado. El discurso feminista se relacionaba con sus proyectos de vida: la independencia y la autonomía eran principios compartidos por las chilenas y militantes exiliadas. Ello no significaba, sin embargo, que vivieran fuera de las lógicas patriarcales de la sociedad francesa, por lo que deambulaban entre la autonomía relativa que propiciaba el contexto francés y su rol femenino tradicional (esposa/pareja y/o madre). No obstante, esta vivencia ha generado que no sólo durante el exilio, sino que aún con más fuerza al retornar, cuestionen las relaciones entre los

sexos, analicen sus vidas de manera crítica y se permitan rearmar sus proyectos de vida, sus relaciones de pareja y asuntos familiares.

A pesar de los esfuerzos por adaptarse, todas las entrevistadas han señalado su profundo disgusto con el clima político, social y cultural que se vive en Chile desde sus retornos. Observan la falta de justicia desde los aparatos del Estado hacia las víctimas de la represión de la dictadura, la falta de ética de los ciudadanos respecto a lo acontecido en el país, la profunda desigualdad del sistema económico imperante y el desarrollo de un neoliberalismo tan poco cuestionado por la ciudadanía, que ha generado una feroz cultura de consumo y del dinero.

Identidades híbridas y el deber de la memoria en el Chile post-dictatorial

A pesar del impacto inicial que se produjo al regresar a Chile, y a medida que avanzaba el tiempo, las retornadas lograron trabajar, componer su hogar, conocieron otras parejas y, en distinto grado, comenzaron a adaptarse o, más bien, se fueron acostumbrando a vivir entre la pertenencia y el desarraigo.

Los testimonios de las retornadas dan cuenta de que han aprendido a vivir escindidas, divididas. Hoy en día, la mayoría viaja a Francia y visita a sus cercanos. Algunos de sus hijo/as se encuentran viviendo en París, por lo tanto, tienen nietos franceses. Estando en Chile, rememoran, por ejemplo, el día de la independencia de Francia, el día de la música, leen en francés, escuchan música francesa, es decir, están constantemente entre dos mundos simbólicos y culturales. Tal como lo ha expresado Margarita:

Esta cosa, hasta el día de hoy, de estar dividida, una identidad dividida. Me duele, pero es más lo que me enriquece que lo que me duele. En cualquier momento pienso en un lugar preciso de París y digo “cómo es posible que no pueda ir, pescar el metro e ir”. No, no se puede. Y hoy en día, viajar es dinero. Estoy marcada por esa vivencia, el exilio, y por haberme mantenido en contacto con Francia hasta el día de hoy. Pero también tengo la división. Allá también echaría de menos Chile. Entonces estoy adaptada, pero de esta manera, incluyendo esta extranjería (Margarita, 59 años, ex militante del MIR).

Las retornadas configuran un nuevo modo de habitar, el habitar de aquellos que viven con el dilema de no pertenecen completamente ni aquí ni allá, o de pertenecer a dos partes. Es una identidad nacional problematizada, signada por el viaje del exilio-retorno. Es una chilenidad que, paradójicamente, incluye a la extranjería y a la familia transnacional, por lo tanto es un

sentimiento de pertenencia nacional anti-chauvinista. En las mujeres retornadas existe una constante inherente a su identidad desde que se inicia el exilio y que se reafirma con el retorno, que es el sentimiento del desarraigo. Hay una contradicción permanente entre la pertenencia y el no-pertenecer. Dicen sentirse chilenas, sin embargo, muchas veces no se reconocen ni se identifican con la sociedad chilena actual, añorando aquella en la que sí se sentían integradas, que es el Chile previo a sus exilios, previo a la dictadura, el Chile de la Unidad Popular.

En base a los relatos de las entrevistadas, es posible plantear que el desarraigo se experimenta como una combinación de sentimientos encontrados que logra asumirse y sopesarse a través de diversas formas. Algunas se esfuerzan cada vez más por fortalecer los vínculos hacia quienes consideran su familia fuera de Chile, sus amigos e hijos residentes en Francia. Se convierten en ciudadanas transnacionales, estrechando sus lazos afectivos más allá del Estado-nación, construyendo una familia transnacional. Esta familia, junto a los recuerdos que se tienen de París, está siempre presente en el imaginario de las retornadas, siendo elementos fundamentales de su identidad actual.

Si bien el sentimiento de desarraigo de la etapa inicial del retorno disminuye y se canaliza a través de diversos mecanismos, no desaparece por completo. Es un elemento constituyente de la identidad de las retornadas, lo cual se evidencia en sus testimonios, en sus estrategias de acción frente a la escisión del exilio-retorno y en sus deseos más profundos: el dilema de querer, a ratos, estar en Chile y en Francia, la complejidad de querer integrarse en ambos lugares y la sensación de no ser completamente de ninguno, o de ambos a la vez.

Si bien las entrevistadas no son naturalmente francesas, parte de su identidad se formó en el París de los años setenta y ochenta. Sus memorias de exilio se contextualizan en un centro urbano ícono de la cultura y de los movimientos sociales, por lo que estando allí surgió el cariño por la ciudad, el gusto por la cultura y las artes. Además de estos factores, los hijo/as nacido/as en Francia, las parejas, amigo/as, trabajos, han permitido que la memoria del exilio no se componga sólo de las narrativas del desarraigo, sino también del arraigo cultural, familiar y social. Estando en Chile, las entrevistadas rememoran su exilio con mucha añoranza y nostalgia, pues allí vivieron muchas etapas de la vida. En la comparación de los testimonios recopilados, para algunas retornadas el recuerdo y el deseo de estar en París es más fuerte que para otras, por lo tanto, el nivel de añoranza no es igual en todos los discursos.

Hay quienes viajan constantemente entre Santiago y París, deambulando entre ambos territorios. Algunas viajan con menor frecuencia, debido al gasto económico que implica y la imposibilidad de interrumpir sus trabajos. Otras, en cambio, no han vuelto a visitar la tierra de exilio, pero está presente el deseo de hacerlo. A pesar de que no todas puedan efectuar este desplazamiento físico a París, se comunican con sus seres queridos mediante otras formas, tales como cartas, llamados telefónicos y la herramienta del internet que se ha masificado con la globalización.

De esta manera, las retornadas perciben que su vida está marcada por ambas sociedades, se imaginan y desean ser parte de una comunidad transnacional, formada por sus contactos y redes sociales. Al respecto, Cornejo Polar (1994) sostiene que los desplazamientos migratorios duplican o multiplican los territorios del sujeto. En este sentido, el dilema del retorno -sentirse parte de dos lugares o de ninguno plenamente- tiene que ver con la capacidad de re-territorializar la trayectoria de vida, de situarla en diferentes mundos socioculturales. En este sentido, es posible comprender el sentimiento de añoranza de la tierra de acogida (París) y la identificación de las exiliadas-retornadas con ambos contextos (Santiago y París). En este sentido, resulta fundamental reconocer la importancia de los territorios específicos a través de los cuales se desarrolla la identidad de personas que se han movilizado por diversos lugares y desde los cuales se generan prácticas transnacionales y esfuerzos por vincularse con personas que están lejos físicamente, pero cerca afectivamente.

Siguiendo a Moraes (2007), quisiera remarcar la importancia y el papel que cumplen los imaginarios en el estudio de los desplazamientos migratorios y de lo transnacional. Como se ha mencionado en las páginas anteriores, el imaginario y la idealización del Chile que tenían las entrevistadas durante el exilio fue fundamental para lograr adaptarse en París. Si bien esta visión idealizada fue la que más tarde las enfrentó duramente al país al retornar, les otorgó una dimensión afectiva vital para sopesar la vida en tierra ajena. Por otro lado, el imaginario de París y la memoria de lo que allí se vivió, forma parte de la cotidianidad de las retornadas, que les entrega una dimensión afectiva fundamental para establecerse en Chile. En este sentido, la añoranza del allí estando en el aquí, y del aquí estando en el allí, es un ejercicio inherente al tránsito cultural. El allí puede estar más presente como imaginario que como práctica cotidiana real, y aun desde esta presencia en la ausencia, puede afectar a las prácticas cotidianas y la identidad de las personas en un territorio determinado (Moraes, 2007:184).

Lo anterior evidencia nuevas configuraciones de la identidad, en oposición a aquellas pretensiones de individuos completamente integrados e identificados con una sociedad en

particular. Por el contrario, las exiliadas-retornadas, como toda persona envuelta en procesos migratorios, dan cuenta de identidades híbridas, dinámicas, que se construyen en base a diversos contextos y temporalidades. Por lo tanto, el hecho de que las retornadas se sientan parte de más de una sociedad, no es percibido por ellas como una contradicción, sino como una trayectoria biográfica que se ancla en un doble marco existencial de referencia (Santiago-París), es decir, una doble pertenencia. Ello, sin embargo, es doloroso en la medida en que no se puede estar en ambos lugares a la vez y se añora el lugar en el que no se está. Las retornadas, por lo tanto, no se identifican plenamente con una nacionalidad, sino que trascienden las fronteras nacionales, ya sea mediante el papel del imaginario o a través de prácticas y lazos afectivos en más de un país.

La vivencia de la transnacionalidad es también percibida por ellas como una riqueza cultural, una apertura de mira que cuestiona el modelo cultural y el escenario sociopolítico del país. Sus perspectivas aportan elementos valiosos para la democracia chilena, sin embargo, no siempre encuentran un espacio en que sean valoradas.

Estas mujeres critican profundamente el actual escenario del Chile “post-dictadura”. Como se planteó en las páginas anteriores, si bien la “transición” prometía la victoria progresiva de la democracia, la post-dictadura evidencia su derrota. Se trata de una temporalidad atravesada por el malestar del fracaso político: la dictadura no cayó.

La ambivalencia dictadura/democracia evidencia que la democracia nunca es absoluta. Como señala Rouquié (2011) las “nuevas democracias”, o “democracias restauradas” a partir de 1980, no constituyen un mero paréntesis con respecto a una “normalidad” político liberal y pluralista de Occidente, sino que son siempre herederas o prisioneras de los regímenes anteriores. En este sentido, la post-dictadura lleva consigo el fantasma de la dictadura, un presente histórico que no es sino herencia y profundización de enclaves pasados.

En concordancia con lo señalado, hoy en día, las mujeres retornadas tienen la certeza de que el país en el que residen no es el verdadero Chile, que hay una chilenidad silenciada, acallada, profunda, que debe recuperarse. En este sentido, sus imaginarios se basan en una lucha de *ethos* culturales: el dominante y el dominado. Para ellas, la verdadera chilenidad es otra, es solidaria, socialista y es con la que se identifican. Por el contrario, la que opera en el presente fue impuesta por la dictadura y es de la que se diferencian:

Los militares cambiaron la mentalidad de la gente y volver a recuperar nuestras raíces, nuestros orígenes, nuestra manera de ser como chilenos, va a costar muchas generaciones más. Nos

cambiaron el modelo, nos cambiaron la cultura, nos cambiaron el modo de ser. Y eso es lo más terrible. Nosotras antes éramos felices, salíamos a cualquier parte y cantábamos, había mucha cosa cultural, la gente se reía y ahora andan todos tristes... Obviamente soy chilena, soy chilena de corazón como se dice, pero igual desadaptada (Carmen, 67 años, ex militante del PC, integrante de una organización de Derechos Humanos).

Las entrevistadas comparten una memoria del Chile de la Unidad Popular en base a sus experiencias militantes, que nada tiene que ver con el Chile de hoy. Es un referente que les otorga una importante dimensión afectiva. La otredad de la que se diferencian y oponen es la sociedad actual, la herencia social y cultural de la dictadura que observan en sus pares. O, más bien, son ellas “las otras”. La innegable presencia de ideas socialistas sigue nutriendo sus trayectorias, por lo que sus identidades comparten el anhelo de otro Chile y sus esfuerzos se dirigen a restablecer una verdadera democracia. Hoy cobra total vigencia continuar apostando a reconstruir un nuevo sentido que les permita seguir sintiéndose humanas y chilenas. Es por ello que estas mujeres reactivan su acción política y la exteriorizan, en mayor o menor medida, en el espacio público mediante la participación en diferentes actividades políticas o asociativas. La mayoría de ellas se inserta en organizaciones de Derechos Humanos, patrimonio y memoria. Algunas forman parte de iniciativas más locales, otras integran colectividades de apoyo a la Asamblea Constituyente y son dirigentes de importantes organizaciones sociales. En cualquier caso, no pueden desligarse de la actividad política y saben que lo político es y ha sido siempre parte fundamental de sus vidas. En este sentido, las entrevistadas se sienten diferentes al común de las mujeres chilenas. Algunas de ellas lo explican así:

No soy una dueña de casa como se entendía en mi época: las mujeres son para la casa, para cuidar a los hijos... Yo tengo una pata adentro de la casa y la otra afuera (Carmen, 67 años, ex militante del PC, integrante de una organización de Derechos Humanos).

No me siento cercana, de ninguna manera, con las mujeres que conozco, que son esclavas de la vida familiar, esclavas del marido, esclavas de la sociedad y de la iglesia. Entonces yo no me identifico, prácticamente, con nadie. Porque el tema de las mujeres, ¿qué es?: los hijos, los nietos, el marido. No me puedo desentender de la política, soy muy preocupada de la actualidad aquí, de la actualidad de Francia y el mundo. Eso, tal vez, es lo que me mantiene viva (María Teresa, 69 años, ex militante del MAPU, integrante de colectividades de apoyo para la Asamblea Constituyente).

La experiencia del exilio/retorno ha contribuido a fortalecer una subjetividad femenina política antiautoritaria, en que la vida privada no puede desentenderse de la vida pública. Sus procesos más personales y la posibilidad de existir se tornan políticos. Por ello, si bien las entrevistadas reconocen su rol tradicional de género (madres y dueñas de casa), saben que su vida íntima está trastocada por la lucha política y que sus voces deben estar en terreno público. Lejos de victimizarse como exiliadas, muchas han sostenido que su pasado constituye aprendizaje y se materializa en lucha cotidiana. Al respecto, Isabel Piper (2009) señala: “Entre los caminos privilegiados para resignificar la memoria no está la búsqueda del pasado, sino la construcción de herramientas para criticar la sociedad actual. Se trata de hacer memoria generando acciones que debiliten los efectos de poder dominante de toda práctica social” (p. 169).

De esta manera, vemos que el exilio-retorno ha sido una experiencia límite que ha aportado a la transformación de las mujeres y a su reivindicación en términos de género. Las retornadas regresaron con nuevas ideas políticas y prácticas culturales que se relacionan directamente con el rol de la mujer y con el anhelo de justicia social.

Sin embargo, han tenido que enfrentarse al carácter profundamente patriarcal y conservador de la sociedad chilena. Tras una dictadura de diecisiete años, el país ha vivido las consecuencias de la despolitización de su gente y la carencia de una perspectiva crítica, que se ha reafirmado con el neoliberalismo de la post-dictadura. En relación a los mandatos de género, las retornadas -que habían sido militantes y formado parte de los movimientos sociales del Chile de la Unidad Popular y luego del París de los setenta y ochenta- experimentaron, al volver a Chile, ciertas tensiones frente a rol femenino tradicional impuesto con mayor fuerza en sociedades anteceditas por regímenes autoritarios. Frente a ello, han vivido una reivindicación, tanto dentro del espacio doméstico, como fuera de éste -en el terreno público- defendiendo los derechos humanos y sus anhelos de justicia y verdad hasta el día de hoy.

A modo de conclusión

A lo largo de este trabajo se ha demostrado que la vida personal está inmersa en la compleja red de relaciones sociopolíticas del Chile de diferentes periodos. Durante la Unidad Popular se desarrolló con fuerza la participación política de las entrevistadas, por lo tanto rememoran este periodo como una época en que primaba el trabajo colectivo y la alegría. Con el golpe

militar, sus trayectorias se vieron truncadas por una dictadura que torturó, violó, mató y condenó al exilio, a la cual se le asocian dolores y rupturas. En la llamada “transición hacia la democracia”, se experimentó un mal estar inherente a este periodo: el duro retorno a un país que poco colaboró con la reinserción social de lo/as exiliado/as. Finalmente, en el actual Chile post-dictadura, observamos la reafirmación de la imperfección de la democracia y las herencias de la dictadura que nutren las instituciones del país. Este complejo escenario es clave para comprender el rol que cumplen las retornadas en los cambios sociales, en la construcción de la democracia y de la memoria nacional.

Lo anterior evidencia cómo se vincula identidad y temporalidad y cómo lo personal es también político. Hoy en día, en el contexto del Chile post-dictatorial, la experiencia del exilio-retorno adquiere nuevos significados para las entrevistadas. Lejos de ser un mero recuerdo del pasado, es una memoria activa que se materializa en prácticas y discursos sociales. Su actividad política, agencia o activismo, les ha dado una manera de manejar la herida del exilio, ofreciéndoles un medio para canalizar su dolor, no negarlo. Por otra parte, sus acciones políticas les permiten estar constantemente informadas sobre lo que ocurre en el mundo y las hace sensibles a los derechos humanos más allá de las fronteras del Estado-nación. Esto, a su vez, las mantiene vinculadas con Francia.

Ello permite concluir lo importante que es considerar a lo/as exiliado/as y retornado/as como agentes transformadores de la sociedad actual y no sólo como víctimas. Esta tarea es aún más relevante cuando se trata de mujeres, las cuales han sido invisibilizadas y subordinadas a una condición secundaria en el ámbito político. Parece fundamental reconocer que, por una parte, hoy en día las identidades de las entrevistadas se inscriben en un patrón transgresor en términos de género, al romper los estereotipos de género y al situarse en el terreno público, desnaturalizando el rol tradicional impuesto a las mujeres en sociedades patriarcales. Por otra parte, el (auto)reconocimiento de sus experiencias de exilio-retorno subvierten las versiones hegemónicas del pasado que silencian el exilio y la dictadura militar.

En síntesis, el exilio-retorno de las entrevistadas se comprende como una vivencia generadora de identidades signadas por el conflicto del desarraigo y la escisión, pero al mismo, la experiencia de la transnacionalidad y el tránsito cultural han propiciado la hibridación de sus identidades y el fortalecimiento de la subjetividad/autonomía política, pudiendo ser, al mismo tiempo, una experiencia significada como quiebre/pérdida y ganancia/riqueza. Y es que tal vez en las heridas y trizaduras más inconfesables, habita una parte del pasado no sosegado,

aquellos terrenos subjetivos donde habita lo secreto: un silencioso dolor que exige dignidad y guarda ansias de rebeldía.

Bibliografía

Cornejo, Antonio (1994). *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte.

Gaillard, Anne (1992). *¿El fin de un exilio? El caso de los chilenos exiliados en Francia*. París: Mimco.

García, Y. Marcela (2012). *Itinerarios militantes, profesionales y familiares de exiliadas chilenas en Francia: un análisis en términos de relaciones sociales*. Jornadas de trabajo. Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX, pp. 1-17, La Plata.

Garretón, Manuel (2003). *Memoria y proyecto de país*. Revista de Ciencia Política, Vol. XXIII N° 2, Universidad de Chile, pp. 215-230

Garretón, Manuel (2009). *Problemas heredados y nuevos problemas en la democracia chilena. ¿Hacia un nuevo ciclo?*. Seminario “Pensando Chile en el Bicentenario”, Santiago de Chile.

Jelin, Elizabeth (2001). *Los trabajos de la memoria*. Siglo Veintiuno editores, España.

Moraes, Natalia (2007). “Identidad transnacional, diáspora/s y nación: Una reflexión a partir del estudio de la migración uruguaya en España”. En *Cultura y Transformaciones sociales en tiempos de globalización. Perspectivas latinoamericanas*. Mato, Daniel; Maldonado Fermín, Alejandro. Buenos Aires: CLACSO, p. 298.

Moreno, Mairer (2015). *Un doble exilio: Experiencias y transformaciones en las trayectorias de las mujeres chilenas en Francia*. Memoria de Maestría, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS), París.

Moulian, Tomás (1997). “Páramo del ciudadano”. En *Chile Actual: Anatomía de un mito*, LOM-ARCIS, Santiago, Chile, p.32.

Piper, Isabel (2009). Investigación y acción política en prácticas de memoria colectiva. En *El Estado y la Memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*, editado por R. Vinyes, pp. 151-172, RBA Libros, Barcelona.

Rebolledo, Loreto (2012). *Exilios y retornos chilenos*. Revista Anales 3:177-187.

Ricoeur, Paul (1991). Autocomprensión e historia. En *Paul Ricoeur: los caminos de la interpretación*, editado por T. Calvo y R. Ávila, Anthropos, Barcelona.

Rouquié, Alain (2011). *A la sombra de las dictaduras. La democracia en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, (359 pp.).

Scott, Joan (1990). “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. En *Historia y Género: las Mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, editado por J. Amelang y M. Nash, pp.23-56, Institución Valenciana de Estudios e Investigación, Valencia.

Vera, Antonieta (s/f). *Una crítica feminista a la Madre Pública Postdictatorial: los discursos de género en la campaña presidencial de Michelle Bachelet*, Universidad Paris VIII.